

Dr. Vicente Dávila

## Tres ensayos sobre el precursor Miranda

### Sus servicios en España y sus viajes por los Estados Unidos y Europa, de 1771 a 1789

En 1771 Miranda llega a Madrid y entra en servicio, pues dados sus conocimientos y antecedentes de familia, compra el grado de Capitán por cuarenta mil pesetas. Durante el servicio, pelea en 1774 en Melilla de Marruecos. Estudioso, llega a poseer matemáticas y habla el inglés, el francés, el latín y el italiano.

En 1780, intrigado por sus camaradas, pasa a Cuba con el Gobernador Juan Manuel Cagigal. En 1781, en la toma de Pensacola en la Florida, conquista su grado de Comandante en favor de la Independencia de Norte América. Cagigal le encomienda comisiones de importancia en Jamaica, Providencia, las Bahamas y Haití. Canjea prisioneros ingleses por españoles y compra en misión secreta, dos barcos ingleses para Cuba. Este negocio le acarreó una acusación por las mercancías que al vendedor se le permitió llevar a Cuba a trueque del servicio, y se le acusó de contrabando. Cagigal recibe orden de apresarle. Conocedor de la injusticia, le ampara en su huida a Estados Unidos.

En Julio de 1783, llega a Carolina del Sur con sus ideas de emancipar las Colonias españolas. Por este tiempo, nace en Caracas Simón Bolívar que será, como su discípulo más aprovechado, el Libertador de la Gran Colombia. En 1782 los criollos de Caracas, don Juan Vicente Bolívar, don Martín de Tobar y el Marqués de Mixares le llamaron para que en Venezuela comandara la revolución fracasada de los Comune-

ros del Socorro, pero entonces servía al Gobierno español. Durante dieciocho meses visita, estudia los pueblos norteamericanos y, al tratar a sus hombres más importantes, hace alianza con ellos para su empresa de emancipador. Su *Diario* habla de sus labores y conocimientos de hombres, costumbres y leyes de aquel país.

En 1785 llega a Londres y dirige un Memorandum al Monarca español, donde se pone al servicio de la Juventud hispano americana en la conquista de su Independencia a que tiene derecho. Le devuelve su grado de Capitán y pide sus cuarenta mil pesetas. La prensa le saluda como al futuro Emancipador de la América hispana. Continúa su viaje por Europa a fin de conocer pueblos, estudiar sus costumbres y hacerse con los acontecimientos para el trato con los hombres públicos.

Sigue a Berlín y en Postdam asiste a la revista militar que preside el Gran Federico, a quien trata personalmente, pues lleva cartas de presentación. Costumbre que usa en todos sus viajes por Europa y Estados Unidos. En Italia hace alianza de Emancipación con los Jesuitas expulsados de sus posesiones de América; en Grecia adquiere una propiedad y libros. Se observa que de todos los países que visita, envía libros y obras de arte, para su Biblioteca de Grafton Street en Londres. Biblioteca y Museo perdidos hasta hoy. En Constantinopla estudia el Harem con sus hermosas esclavas compradas para el goce del Sultán. El barrio rico de Pera le merece observaciones especiales.

Atraviesa el Mar Negro y en Kerson, por Diciembre de 1786, conoce a los príncipes de Potemkine, Dolgorousky y Nassau. Con el primero viaja por Crimea, posesiones regaladas por la Emperatriz Catalina II; durante su viaje en el coche del Privado, traía gran amistad mediante la música que ambos poseen y el aprecio aumenta cuando sabe que Miranda desea conocer hombres, pueblos y costumbres diferentes para «corregir su defectuosa educación», según apunta en su *Diario*.

Al regreso de Crimea conoce en Kieff a la Emperatriz, que simpatiza con el caraqueño, perseguido por la Inquisición Española que Catalina rechaza, como la institución más bárbara de Europa. En su mesa tiene puesto de significación y en la Corte Imperial alterna con nobles y potentados moscovitas. En marzo de 1787 sale con el Mariscal Roumanszoff a Canieff, frontera de Polonia, donde conoce al Rey Estanislao

II y a su Corte. Allí trata al Príncipe José de Poniatowski futuro Mariscal de Napoleón.

En Abril deja la Corte de Catalina, quien trata de retenerle y le ofrece, por medio de Potemkine y Bezboródko, puesto de honor en sus ejércitos, que no puede aceptar porque desde 1783 planea, se ilustra y busca auxilios para su empresa: emancipar del dominio español las Colonias americanas. Tales razones son aplaudidas por la Soberana que le ofrece su protección. Esto desvirtúa con evidencia el mote de aventurero dado a Miranda. Ninguna oportunidad más propicia que la oferta de títulos, honores, riquezas y poderío si fuesen meras aventuras lo que buscaba por los caminos, del nuevo y viejo mundo, en el constante trajinar de sus cuarenta años de Precursor. También se aclara la leyenda de haber sido amante de Catalina. Un atento estudio de sus papeles no da la menor sospecha del aserto de sus antiguos biógrafos.

Al llegar Miranda a San Petersburgo tiene un choque con Macanaz, Representante de España, quien le acusa de usar uniforme de Coronel español y de aceptar el título de Conde. A lo primero le contesta: que está fuera del alcance de su gobierno; y en cuanto a lo segundo, que eso no le atañe a Macanaz. Cuando Catalina conoció el incidente puso a disposición de Miranda tres cosas útiles: el uniforme de Coronel ruso, una circular de protección para todas las Legaciones rusas en Europa y una orden de dos mil libras esterlinas para continuar su viaje. Con esto paga sus deudas atrasadas con sus respectivos intereses. Se salva de la persecución de los gobiernos borbónicos español, francés y austriaco y tiene cabida, como Oficial ruso, en todos los centros de las capitales europeas. Catalina II y Cagigal son los dos grandes protectores de Miranda.

En Finlandia, Suecia y Noruega estudia sus fundiciones, minas, exclusas, asilos, museos, bibliotecas y cárceles y en su *Diario* campean observaciones de un Precursor de problemas sociales que se implantan, se discuten y se reglamentan en los pueblos civilizados del mundo. Ante los niños que encuentra en compañía de criminales, exclama: no deben estar aquí reclusos porque de simples granujas se convierten en malhechores. Y habló de Tribunales y Reformatorios para menores.

Hombre mundano, dejó un tomo de cartas de mujeres, desfilando allí las de las fondas cuando era Capitán de Infantería española; las misivas, con cabellos voluptuosos, de la noruega Catalina Hall, a quien amó real y pasionalmente; los

billetes perfumados de la bella y liviana Marquesa de Custine, y de la célebre escritora Madame de Stael, en París; y de otras muchas que se encuentran en los infolios de su Archivo como un homenaje del amor, de la belleza y del talento al tenorio girondino de la Revolución Francesa.

En Diciembre de 1787 llega a Diñamarca y en Copenhague se detiene unos cuantos meses. En los recibos del Ministro Souza, de Portugal, encuentra hombres de ciencia, de artes, de política, de historia y de comercio, con quienes discute sobre tópicos conocidos de ellos, y de él, como enciclopedista que es. Allí le facilitan copias de los procesos seguidos en el Perú al Inca Tupac Amaru, y en Nueva Granada a los Comuneros del Socorro. Estos van a servirle en los Memorandums que presentará en Londres a los Ministros Pitt, Grenville, Prestley y otros cuando solicite protección para su empresa emancipadora. Ante la suciedad y torturas en las prisiones de Copenhague, semejante a las de otras cárceles de aquella edad, consigue del Príncipe regente una reforma humanitaria. Salva a dos madres infanticidas condenadas a muerte, porque hizo observar que debían de haber estado locas durante la gestación y el parto. Examinados los casos, resultaron conformes, y las vidas les fueron perdonadas. Observa en el sitio donde recibió la muerte el Rey Gustavo Adolfo de Suecia que fué muerto por los suyos, y nó por el enemigo; lo que se ha comprobado después.

En las fábricas de tejidos de Holanda advierte que los obreros deben llevar una pequeña mascarilla para preservarlos del polvo, que al respirar, absorben por las fosas nasales en perjuicio de la salud; y ante la limpieza de estos pueblos y el recuerdo de la suciedad de los latinos y españoles, apunta: «El aseo es una virtud que debe enseñarse al hombre.»

En Altona, cerca de Hamburgo, en 1788, al estudiar el Canal de Schleswig, exclama: «esto mismo puede hacerse en Panamá y en Nicaragua». Y en efecto, en sus futuras negociaciones, no dejará de presentar el Istmo de Panamá como el lugar de América donde se establecerá con más ventaja el comercio, y esta «Lengua de tierra que une los dos Continentes de América, está en condiciones de comunicar un día los dos océanos». Y Panamá puede ser la capital de Colombia.

Allí mismo, en Altona, el 19 de Abril del 88, ante el desfile de la Guardia de Burgueses que ostentaba en sus uniformes los colores amarillo, azul y rojo, ideó la bandera que izó por prime-

ra vez en la nave «Leandro» en su expedición a Tierra Firme en 1806. Y fué la bandera de Venezuela primero y luego la de la Gran Colombia, que Bolívar llevó triunfante desde el Orinoco hasta las almenas del Callao y cumbres del Potosí. Una fotografía de la época presenta esos tres colores en los uniformes de la Guardia.

Después de una recorrida por los demás pueblos de Europa, regresa a fines de 1789 a Londres y comienza, ya en completa capacidad de hombre viajero y sabio, a tratar con los Ministros ingleses sobre la Independencia de las Colonias hispano-americanas. Aquí termina la primera etapa de Miranda.

## Miranda en la revolución francesa 1792-1797

Trata en Londres desde 1789 con los Ministros sobre el comercio inglés en los muchos puntos de América hispana, abiertos a las casas productoras, una vez libres por medio de las armas emancipadoras para los dieciseis millones de habitantes. Expone también su empresa a Fox, Sheridan, Burke, Pownall, Bentham, Mill, Prestley, Price y a la casa Turnbull and Forbes. Esta casa será en Londres, desde 1790 hasta 1816, el amparo de Miranda en todos sus conflictos económicos.

Disgustado con el Ministro Pitt que le engaña, y sólo se sirve de él para tratar con España que amenaza con ayudar a Miranda, parte en Diciembre de 1791 para Francia. Lleva, según su costumbre, cartas de recomendación para Petion, Brissot, Gensonné, Vergniaud y demás Girondinos. No simpatiza con los Montañeses, que más tarde serán sus perseguidores. Ya en París, donde censura a la Revolución presidida por un Rey, sucede el golpe del 2 de Agosto de 1792 que le pone de manifiesto el objetivo revolucionario: contra todas las testas coronadas de Europa, y al punto ofrece sus servicios. Servan, Ministro de Guerra, y Pache, Alcalde de París, aceptan sus condiciones: auxiliar, una vez triunfante la Revolución, la Emancipación de todas las Provincias hispano - americanas, y atender a sus asuntos económicos.

En cambio de los auxilios militares y navales sólo ofrecía, en nombre de los pueblos emancipados, el libre comercio de sus puertos y sus ríos, sin monopolio alguno y sin empeño de posesión terrestre. En esto fué invariable en sus negociaciones con Estados Unidos e Inglaterra. Se le nombra Mariscal de Campo, o sea General de Brigada, por sus once años de ser-

vicios militares en España y sus estudios teóricos y prácticos en Europa durante sus cinco años de viajes.

En el Campamento de Grand Pré, falda occidental de la Argona, se entrevista el 10 de Septiembre del 92 con Dumouriez, General en Jefe de los Ejércitos revolucionarios, y al frente de 2.000 soldados rechaza, el día 12, entre Morthome y Briquinay, desfiladeros de la Argona, a 6.000 prusianos. Su estreno agrada a Dumouriez. El 15 siguiente llegan a Mont-Charmont soldados fugitivos del campo de Valmy; parte a galope y allí se da cuenta de que un pánico ha dispersado a los 8.500 reclutas que lo guarnecían. Logra, con su serenidad y voz de mando, detener los dispersos y reunir los cuerpos desbandados. De modo que al llegar los 10.000 voluntarios que trajeron Dumouriez y Kellermann, pudo efectuarse, el 20 de Septiembre, el célebre cañoneo de Valmy. Por eso se yergue hoy la estatua de Miranda, del escultor venezolano Lorenzo González, erigida en 1930, en Valmy. Es uno de los pocos monumentos a un militar que con su palabra detuvo un ejército en derrota. El grado de Lugarteniente General, fechado el 3 de Octubre, lo recibe en recompensa de la acción.

Sus amigos Petion y Brissot le ofrecen, desde París, la expedición para someter a la Isla de Santo Domingo, que no acepta, porque sólo está presto para atacar las posesiones españolas en América. Esto fué un error de Miranda, pues de ese modo se preparaba mejor su empresa. Desde su campamento en Valenciennes le escribe a Petion, el 26 de Octubre, que ya es tiempo de que las mujeres vayan al Parlamento a tratar asuntos de ellas: matrimonio, divorcio y educación de sus hijas. Era el Precursor de Problemas sociales olvidados en Europa.

El 25 de Noviembre le nombra Dumouriez en reemplazo del General Labourdonnaye, que sitia la fortaleza de Amberes. Allí activa la construcción de nuevos parapetos y personalmente dirige los ataques. Al quinto día de asedio eficaz capitula la guarnición. El vencedor concede toda clase de honores a los vencidos. Ya vendrá el General venezolano Antonio José de Sucre, vencedor en Ayacucho, que firmará una semejante capitulación, con los vencidos el 9 de Diciembre en el cerro de Cundurcunca.

Este triunfo, el más glorioso de Miranda, le dió a la República parques y la libre navegación del río Escalda. Miranda sostuvo siempre este principio: la navegación de los ríos debe

ser libre como el curso de sus aguas. El Obispo de Amberes saluda al vencedor, *qui mores hominum multorum vidit et urbes*, no obstante haber fijado en carteles, que los edificios monásticos se convertirían en cuarteles, hospitales y almacenes para el soldado. Su conquista le da derecho al mando de 22.000 soldados del Ejército del Norte. Avanza luego hacia la margen izquierda del Rhin y acampa sus fuerzas en las riberas del Róer y del Mosa. La actividad que despliega le hace exclamar a Petion: «bravo y digno amigo, que piensas como filósofo y combates como héroe». Por esta razón, Víctor Hugo le llamará más tarde, «La Espada de la Gironda».

Por este tiempo, Dumouriez y Valance se ausentaron a politiquear en París. Queda Miranda encargado de los tres ejércitos: el de Dumouriez, el de Valance y el suyo, los que montan a 60.000 hombres, distribuídos en Bélgica, Holanda y márgenes del Rhin, Róer y Mosa. Desde el 5 de Enero de 1793 empieza Miranda a pedir listas de Comisaría a todos los cuerpos, para saber con cuántos soldados, parques y caballos cuenta la Revolución. Recibe órdenes de Pache y Dumouriez para poner cerco a Maestrich, y como el segundo les dice que debe tomarla en pocos días, le contesta que es fortificación defendible por largo tiempo, según rezan los relatos de los diferentes asedios, y por esa razón durará muchos días.

Bajo sus órdenes militan Bouchet, Labourdonnaye, el Príncipe Egalité, Le Veneur y otros franceses; y los extranjeros D'Hangest, Stetenhoffen, Stengel, Yhler Macynski y otros más. Oficiales generales de Europa y América de Norte. Del Sur sólo Miranda pelea en la Revolución. Por cartas interceptadas al enemigo sabe del refuerzo a las tropas coaligadas en la derecha del Rhin, por ello no puede retirar los soldados que Dumouriez le pide con insistencia para invadir a Holanda. Pero debe obedecer y el 2 de Marzo los enemigos rompen la defensa debilitada del Rhin. Miranda levanta el cerco de Maestrich y acude a Lieja para dirigir la retirada a Louvain, donde entrega a Dumouriez las fuerzas organizadas. Entonces éste se da cuenta de las observaciones de su Teniente. Estos descalabros y la ejecución de Luis XVI violentan el ánimo de Dumouriez contra la Convención.

En su tienda de campaña anuncia a Miranda que deben marchar juntos sobre París a castigar a los regicidas. Miranda se opone al plan del General en Jefe, porque sus principios republicanos se lo prohíben. Y si la Convención le ordenase

mi arresto ¿qué, haría Ud., General Miranda? Cumpliría el mandato, siempre que Ud. fuese contra la República. Está bien, replica Dumouriez y se retira. Ante esta soberbia actitud, exclama Paul Adam, Miranda salvó la República, porque la Revolución Francesa pudo continuar en su carro triunfal por toda Europa. Este solo rasgo merece el aplauso de los republicanos de todos los países libres.

En tales condiciones de desacuerdo se presenta el enemigo arrollador y la batalla de Neerwiden se libra, no obstante la opinión contraria de Miranda, que pide la orden por escrito, para obedecerla. Esta le salvará después ante el Tribunal. Cumple el mandato militar contra lo observado, y en tan malas condiciones del terreno lucha encarnizadamente durante el día 18 de Marzo, y luego de perder un General, treinta oficiales y más de dos mil franceses, abandona el ala izquierda pero en orden, hasta llegar a Louvain en una segunda retirada.

El 22 siguiente tiene que combatir en Pellemberg, contra fuerzas superiores y vencedoras. Todos sus esfuerzos fueron inútiles. Allí perdió unos cuatro mil soldados. Tal es el último combate de Miranda durante la Revolución Francesa. Al punto es acusado por Dumouriez, con quien no comparte ideas. Los Comisarios de la Comisión lo hacen comparecer ante la barra, y se le envía al Tribunal Criminal Revolucionario. Queda arrestado, junto con sus papeles, en la Consergerie. Su archivo sufrió dos arrestos en esta prisión, uno en el Temple y luego un olvido de más de un siglo en un Castillo de Londres.

Empieza el proceso. Hay tres acusaciones: por haber levantado el cerco de Maestrich, la retirada de Lieja y la pérdida del ala izquierda en Neerwinden. Cada cargo bastaba para guillotinarle. El decreto del Comité de Salud Pública penaba con la vida al vencido en un combate. Desde el 12 de Mayo de 1793 desfilan delante del Tribunal treinta testigos contra él, y otros tantos en pro. Miranda se defiende de los cargos; el orden de sus papeles evidencia las razones que expuso para evitar los descalabros militares.

Los testigos favorables le presentan sostenedor de los derechos del hombre y esforzado paladín de la Libertad de América y de Europa. Y quien había llegado como un General extranjero que hacía traición, sale del tribunal después de cinco largas y ruidosas sesiones, como el primer revolucionario perseguido por Dumouriez, que se refugiaba en el extranjero por traidor a la República.

El sangriento Tribunal, por medio del Presidente Montané y del célebre acusador Fouquier Tinville, le declaran libre de todo cargo; y los demás jueces le presentan como ejemplo vivo de un republicano. Chauveau Lagarde se enorgullece de haber conocido a Miranda, quien supo defenderse por sí mismo, decía el ilustre abogado. Vencedor, es llevado en hombros por las calles de París. Estaba en camino de llegar al poder, pero un acontecimiento, que no dependió de él, le acarreó nuevas persecuciones. El 31 de Mayo del 93 cayó la Gironda vencida por la montaña, y Miranda, girondino, sufrió las consecuencias. El 9 de Julio es apresado. Indaga la causa de su prisión y Robespierre, poderoso, le hace saber que la «Razón de Estado» aconseja el arresto del girondino.

En las cárceles traba amistades con hombres públicos, escritores y damas de gran mundo. Suena el 9 *Thermidor*, Julio de 1794, y Tallien y colegas derriban a Robespierre y comparsa. La mayoría de prisioneros del régimen terrorista queda en libertad. Pero Miranda continúa preso. Fué necesario la voz de gran valimiento de *Quatremaire de Quincy*, entre otros, para que el 15 de Enero de 1795 quedara libre. El proceso militar duró del 25 de Marzo al 16 de Mayo de 1793; y el político, del 9 de Julio de 1793 al 15 de Enero de 1795.

Compareció ante el tribunal y sufrió prisiones, no por sus errores militares, ni por sus faltas políticas; los primeros fueron de Dumouriez y las segundas, de los Girondinos. No obstante, la figura de Miranda cobra prestigio. Lanjuinais, al salir de la prisión, le escribe: «la opinión pública funda sus esperanzas en su valor y talento reconocidos.»

Separado de la carrera militar, porque ya los extranjeros no podían mandar ejércitos, aparece el escritor. Sostiene por la prensa los antiguos límites de Francia, como enemigo de conquistas territoriales; predica la libre navegación de los ríos, contra el sistema del terror, porque la actividad útil del hombre aumenta con la práctica de aquella. Pero al predicar la paz choca con el ambiente que caldea los cerebros propicios para la guerra y las conquistas.

Viene el golpe del 13 *Vendimiario*, Octubre de 1795, y Tallien le persigue porque le juzga responsable. Las conquistas de Napoleón en Italia rapiñan sus obras de arte. Miranda, el anticuario *Quatremaire de Quincy* y el periodista Roedemer sostienen que las obras de arte no son botín de guerra, porque ellas forman parte del territorio. Esta doctrina sirvió a Luis

XVIII para devolver unos cuantos lienzos y estatuas. Porque Miranda fué, en su tiempo, en Europa, uno de los mayores conocedores de fortalezas militares y de obras de arte.

El nuevo golpe del 18 *Fructidor*, Septiembre de 1796, que Bonaparte alienta desde Italia, le acarrea nueva persecución porque se le cree el promotor. La célebre Marquesa de Custine, enredada durante las prisiones en la espada del galante girondino, le disfraza y así logra sacarle de París. Se refugia, por Enero de 1798, en Londres.

El 18 *Brumario*, Noviembre de 1799, le hace regresar a París a fin de tratar con Bonaparte sobre los auxilios que le debe Francia a la Emancipación de América; y recabar, además, los sueldos atrasados de sus servicios como General en 1792 y 93. Llega a París en Noviembre de 1800, pero Fouché, Ministro de Napoleón, le encierra. Es que las mismas faldas de la bella Custine, que le salvaron en 1798, y que ahora cubren al intrigante Fouché, le son adversas.

Logra su libertad el Senador Lanjuinais, a trueque de abandonar definitivamente a Francia, lo que hace el 22 de Marzo de 1801. Recibe carta de su protector Juan Manuel de Cagigal que le dice, en Diciembre de 1799, que el Gobierno español lo absolvió y le dió su grado de coronel.

Napoleón tenía presente, cuando conoció a Miranda, que éste le trató sin darle importancia, y en casa de Madame Permón dijo: «conoció a un nuevo Quijote, con la diferencia que éste no es loco, porque en el alma de ese hombre arde un fuego sagrado.» Emilhaud, que lo presentó a Madame Permón decía: «Miranda es un revolucionario que sueña con la libertad del mundo»; y el corso Salicetti, perseguido también, le definía: «es el hombre más intrigante de España, aunque le creo mexicano y piensa, como Tomás Payne, regenerar el mundo con un ramo de rosas.

Se terminan estos valiosos juicios con el de la Duquesa de Abrantes: «Miranda tiene fuego en su mirada y su fisonomía se ilumina al hablar, lo que hace con una rapidez inconcebible; y sus labios delgados son elocuentes, aún en el silencio, porque el fuego interno se refleja en ellos.» (1)

(1) Memorias de la Duquesa de Abrantes, traducidas al español por Eduardo de Bray. París. Casa Editorial Garnier Hermanos, 6, rue des Saints-Peres, 6, Tomo I. Pág. 228.

## Miranda en la Emancipación Hispano-Americana de las antiguas colonias españolas

Se empieza con las palabras de Allen Smith, grande admirador de Miranda, que temía toda intervención de Europa, como americano del Norte que era. «Ud. le dice, debe bastarse así mismo, pues el momento ha llegado. No es a la distancia que se decide la cuestión, es en el teatro mismo de la guerra. Ud. ya terminó su volumen europeo y precisa que empiece el de América.» Esto lo confirma el mismo Lanjuinais, que le escribe al Ministro Pache en pro de Miranda prisionero: «Acabo de ver a Miranda, a quien se le niega un asilo en Francia, en recompensa de sus servicios a la República. Y todavía se le deben sus sueldos de general. Si esto es política, no es un principio liberal.»

Al llegar a Londres reanuda activamente las antiguas negociaciones. Lo hace con Vansittar, Ministro del Tesoro, quien le asigna una pensión superior a la fijada por Pitt. La pensión inglesa a los refugiados importantes, por causas políticas, no es un desdoro. Una costumbre inglesa. Por eso, muchos de los emigrados franceses de aquel tiempo gozaron, como Miranda, de esa protección. Aquí viene la firma comercial «Turnbull and Forbes», protectora de Miranda hasta su muerte, como ya se dijo. No ha sido posible, hasta hoy, lograr saber a donde fueron a parar los papeles de esa casa, una vez disuelta, pues allí debe existir una larga correspondencia del girondino.

Este presenta de nuevo sus planes, ya con una autoridad, pues su actuación en Francia, durante una década, le había colocado en un plano más alto que el de antes. Entre los papeles que lleva, van las revoluciones de Tupac - Amaru en el Perú y los Comuneros del Socorro y Mérida en 1782. Las

bases presentadas a Vansittar fueron las firmadas en París, en Diciembre de 1797, por Pablo de Olavide, Pedro José Caro, y los jesuitas José de Pozo Sucre y Manuel José Salas, como representantes de los países sur americanos, junto con la de Miranda.

Pablo de Olavide, peruano, le es de suma eficacia para su empeño de emancipación. Pedro José Caro es un cubano de gran actividad; desempeña comisiones importantes que le encomienda el Precursor y lleva la voz y aliento de la revolución a las Antillas. En Marzo de 1800 le escribe, desde Trinidad, que el Gobernador de la Isla le ordena desocuparla, y no le deja pasar a Venezuela, porque Isnardi es un revolucionario que pide, en nombre de Venezuela, protección y le es más grato al Gobernador, puesto que Caro, en nombre de Miranda, sólo ofrece el comercio libre. Isnardi, en 1811, fué el Secretario del primer Congreso Venezolano.

Caro, más tarde, enfermo y pobre en España, comete la flaqueza de traicionar a Miranda y vende unos cuantos documentos. Por este tiempo, el Secretario, de muchos años y servicios, llamado Luis Dupérou, traiciona también a Miranda, porque no le da todo el dinero que le pide. Hay que tener presente que la confusión que ha habido con Luis Perú de la Croix, el autor del Diario de Bucaramanga, está hoy aclarada. Las firmas de estos dos franceses han sido puestas en cotejo y resultaron dos personas diferentes.

Por este mismo tiempo, Diciembre de 1799, en compensación de éstos desleales amigos, le llega la noticia de España de que su proceso junto con el del Gobernador de Cuba, don Juan Manuel de Cagigal, ha sido fallado favorablemente, pues la acusación del contrabando de Jamaica no lo fué, sino en beneficio del Gobierno de Cuba. Se confirma su grado de Coronel, que había solicitado en varias ocasiones por sus servicios militares. La misión de Caro en Trinidad era la de entenderse con el venezolano don Manuel Gual, que fracasado en la revolución promovida en 1799 con otro venezolano, don José María España, solicitaba que Miranda se pusiese el frente. Gual a poco murió en la Isla. Miranda en 1806 indagó la causa de la muerte que se imputó al Gobierno español.

Los jesuitas Pozo, Sucre y don Manuel José Salas, representan a los desterrados de las posesiones de América por Carlos III, con los cuales Miranda hizo pacto de alianza en Italia en 1786

Su correspondencia con el argentino Rodríguez Peña llena unas cuantas páginas, y en ellas se lee cómo Miranda movía los ánimos argentinos para la empresa. Durante su permanencia en Londres, 1798 a 99, conoce al joven Bernardo Riquelme, más tarde O'Higgins, y le advierte que es el primer chileno que trata, pues estaba en comunicación con todos los demás países hispano-americanos por medio de sus agentes. Le da un cuaderno con observaciones y reglas de conducta que debe tener en cuenta para revolucionar en Chile.

Viene uno de los comisionados de más valimiento, Pedro Fermín de Vargas, antiguo discípulo del sabio Mutis, Corregidor de Zipaquirá, hombre de letras y de una rica Biblioteca y revolucionario de los Comúneros del Socorro, el cual tuvo que salir de Nueva Granada, perseguido como tal por el gobierno de la Colonia, y se alió en Europa con Miranda. Era natural o vecino de San Gil, y tenía un hermano de canónigo en Mérida, don Lorenzo de Vargas y Sarmiento, con ese cargo por los años de 1796 a 1800. Don Pedro firmaba sus cartas, Pedro de Oribe. En la correspondencia con Miranda le traza planes para invadir a Venezuela y a Nueva Granada, donde se podía llevar a cabo lo que se dejó de hacer cuando los Comúneros. Este le advierte que Luis Dupérrou es un mal amigo de Miranda. Varios trabajos, tanto en el Archivo Nacional y en el de Miranda, en Venezuela, como entre algunos historiadores en Colombia, se han hecho y se preparan sobre este eminente revolucionario, Pedro Fermín de Vargas.

Entre los mayores discípulos o influenciados por las doctrinas del precursor se encuentran tres grandes libertadores: don Antonio Nariño, con quien se entiende en París y en Londres, en los años de 1797 y 98, al salir fugitivo de Bogotá donde se le perseguía como el promotor, en aquel tiempo, de la Emancipación. San Martín se afilió en 1810 en la Logia revolucionaria que había fundado Miranda en Cádiz, so pretexto de la Masonería religiosa; y cuando San Martín visitó a Londres, en 1812, de paso para la Argentina, estuvo en la casa de Miranda y allí conoció a los amigos que protegían al Precursor. Vejarano, en Guayaquil; Baquijano en el Perú; Felipe Conucci, en el Brasil; y en México con algunos revolucionarios.

Y luego Bolívar a quien conoce, trata y explana todos sus principios e ideas de revolución en la América española. En 1810, cuando don Luis López Méndez, don Andrés Bello y Bolívar, llegaron en comisión a Londres, fué con Miranda con quien

se entendieron para el cometido. Bolívar regresó con Miranda a Venezuela, y durante el viaje en un bergantín, que era cosa de sesenta y más días, el segundo vació en el cerebro del futuro Libertador todos sus proyectos. La Gran Colombia con su bandera tricolor, inventada por Miranda. El reinado del Incaico en Lima, que fué más tarde el personaje central de la presidencia vitalicia en la Constitución dada a Bolivia. Tales son, a grandes rasgos, los principales revolucionarios que estuvieron en contacto con Miranda o con sus ideas de emancipación.

Desde 1804 prepara en Londres con el Ministro Vansittar, con Hóme Popham y con el comerciante Davison; y redacta con Lord Melville el Memorandum de la expedición para Buenos Aires. Esta sale a cargo de Popham y de Belleresford, en 1806. Miranda, que se encuentra burlado, pues la había planeado para conducirla personalmente, discute el asunto con Sir Arturo Wellesley, que éste, que era entonces el mismo Wellesley, le tuvo que llamar la atención varias veces.

Al encontrarse burlado Miranda en parte, pues la expedición iba a salir a insurreccionar la América, tuvo que abandonar a Londres y pasó, a fines de 1804, a New York. Pero antes activa el envío de sus emisarios a los pueblos hispanos. Pedro Fermín de Vargas sale para Venezuela y Nueva Granada a entenderse con el Marqués del Toro y con Nariño, respectivamente; al Perú, con Antepara y así con otros, por medio de sus varios agentes.

En 1805 llega a New York y allí trata y parlamenta sobre la expedición a Venezuela con su antiguo y consecuente camarada, el Coronel Smith; con King, otro entusiasta amigo; con el Presidente Jefferson y su Ministro Madison, quienes simpatizan con la empresa. Se prepara la expedición en tres goletas: la *Leandro*, nombre de su hijo que ha dejado de solo dieciocho meses de edad en Londres, la *Baccus* y la *Bee*. Engancha unos doscientos voluntarios, entre ellos algunos jóvenes de distinción y amigos de sus protectores.

De paso por Haití consigue algunos que se aventuran en la procelosa empresa, y logra más elementos de guerra. Iza en la proa del *Leandro* la bandera tricolor que desde Altona, el 19 de Abril de 1788, ideó para la Gran Colombia. En Abril de 1806 llega a las costas de Venezuela, pero avisado el gobierno español por la correspondencia del Marqués de Casa Irujo, Ministro en los Estados Unidos, es al punto dispersada

la expedición en aguas de Ocumare de la Costa, cerca de Puerto Cabello. Caen prisioneros unos cuarenta y ocho de los invasores. Diez de estos fueron fusilados en dicho puerto, y los restantes conducidos a las prisiones de Cartagena de Indias. En la plaza principal de Puerto Cabello se levanta un monumento, con los nombres de estos mártires extranjeros que murieron en aras de la Emancipación Hispano-Americana, en retribución de los servicios de Miranda en la toma de Penzácola en la Florida en 1781.

Miranda, en descalabro, se refugia en Trinidad, repara sus pérdidas y acomete de nuevo. Trata de invadir por la Vela de Coro, desembarca allí por Agosto del mismo 1806, y cuando llega a la ciudad de Coro encuentra que todos los habitantes, según orden del Gobierno, han dejado sola la ciudad. Ante semejante silencio, Miranda regresa en desaliento de vencido. En Londres de nuevo continúa en sus comisiones, pues no desmaya según su correspondencia que dice, que hasta Turquía irá por auxilios si los ha menester.

Por el año de 1810 llega a Londres la Comisión de Venezuela, según se dijo. Regresa con Bolívar y llega por Diciembre a Caracas. La Junta Suprema revolucionaria no quería su entrada porque suponía, conforme a las relaciones del Gobierno español, que Miranda era un partidario de los ingleses que pretendían fundar un protectorado en Venezuela. Lo que eran calumnias contra Miranda. La «Sociedad Patriótica» recibe impulsos y miras políticas de parte de Miranda, que lo convierte en Club revolucionario. El verbo de Miranda, Bolívar, Peña Paúl y otros insurgentes se hacen escuchar.

En el Congreso constituyente, que se reúne en Caracas en 1811, Miranda representa a la Provincia de Barcelona. Le toca presentar la bandera tricolor que se declara la de la patria libre; firma el Acta del 5 de Julio, y la primera Constitución venezolana por Diciembre de 1811. En Julio de 1812 se sublevan los realistas en Valencia y le toca a Miranda, nombrado por el Congreso Generalísimo de las fuerzas venezolanas, salir a someterlos. Desde el campamento designa, entre sus tenientes, al Coronel Simón Bolívar para defender a Puerto Cabello, que es arsenal y plaza fortificada de la Confederación venezolana, como al Oficial más facultativo. El 12 de Marzo de 1812 desembarca en la Vela de Coro el Capitán de Navío, don Domingo de Monteverde, quien emprende, por su cuenta y riesgo con doscientos cincuenta marinos, una contra-

revolución. A este audaz oficial todo le sale como de molde. El terremoto del 26 de Marzo de dicho año, que azota a Caracas, Barcelona y otros pueblos, donde quedan sepultadas fuerzas republicanas, viene en auxilio de Monteverde. Los soldados del indio Reyes Vargas y del Pbro. Torrellas se ponen a las órdenes de Monteverde, y sus filas aumentan. Con estos elementos avanza hacia Valencia.

Miranda vacila y no ataca de firme. La vacilación del generalísimo le da alientos a Monteverde. Pasan días y la situación se agrava en las filas republicanas. Monteverde tampoco avanza de Valencia. En esta expectativa vacilante, sucede un hecho en Puerto Cabello que viene de ayuda eficaz al realista y de golpe de muerte al republicano. Es la traición que dirige don Rafael Hermoso y los oficiales con fuerzas, a las órdenes de Bolívar, entre ellos el canario Francisco Fernández Vinoni, jefe del Castillo del Puerto. Bolívar se sostiene y se defiende, hasta la temeridad, durante los seis primeros días de Julio, y al fin, sin soldados, tiene que salir por la Borburata, en la goleta del español republicano Martearena. Los oficiales Tomás Montilla, Francisco Rivas Galindo, Miguel Carabaño y otros le acompañan. Al llegar Bolívar a La Guaira le escribe a Miranda, quien al saber en La Victoria la traición de Hermoso, juzgó en malahora, que la causa estaba perdida. Lo cual fué cierto porque en el desaliento de sus sesenta y dos años, así lo creyó. Al punto, en vez de atacar a Monteverde, entra en tratos de capitulación. El 25 de Julio se arregla ésta, por medio de sus comisionados, que ni siquiera firmó. Sale para Caracas, y sin dar explicaciones a sus tenientes que se las pedían, baja a La Guaira el 30 de Julio. Hay un hecho de suprema desgracia para el Generalísimo, que vino a desprestigiar aún más la malhadada capitulación. Don Antonio Fernández de León, caraqueño y Marqués de Casa León, era el Director de Rentas, y en tal carácter recibió orden de Miranda de que se le trasladara a La Guaira el dinero que tuviera en cajas.

Fueron veintidos mil pesos en onzas de oro, que hizo llevar a La Guaira a disposición de Miranda, que pensaba continuar la guerra en Nueva Granada. Pero el perverso Casa León hizo circular la noticia de que Miranda se había vendido a Monteverde, y de ahí la infausta capitulación. Los oficiales del ejército, indignados con el proceder de Miranda, al punto lo creyeron, sin tomar en cuenta que esa suma no podía estar en

poder de Monteverde, sino en el tesoro público, sobre el cual mandaba Miranda.

Por tales razones, cuando éste se encontró en La Guaira resolvieron Manuel María de las Casas, jefe de armas del Puerto, don Miguel Peña, jefe político y el coronel Simón Bolívar, que venía de ser derrotado en Puerto Cabello, tomarle cuenta por su traición, puesto que así lo creían. Lo malo de todo fué la entrega de Miranda, y de los republicanos Pedro Gual, Juan Paz del Castillo, José Mires, el canónigo chileno José Cortés de Madariaga y otros más, en poder de Monteverde, que al punto violó la capitulación, so pretexto de que no estaba firmada por Miranda.

Hay un documento que acaba de publicarlo el Dr. José Gil Fortoul, en la segunda edición de su *Historia Constitucional de Venezuela*, donde Monteverde aconseja al Ministro del Gobierno español se le den premios a Casas, Peña y Bolívar por el gran servicio que hicieron al entregar presos a Miranda y demás rebeldes en La Guaira.

El Precursor purgó el fracaso de su capitulación en las cárceles de La Guaira, Puerto Cabello, Puerto Rico y la Carraca de Cádiz, donde murió el 14 de Julio de 1816. Tuvo la infinita desgracia de haber sido entregado al gobierno español, que le estuvo persiguiendo desde 1782 a 1800, que salió absuelto; pero también tuvo la satisfacción de que Cagigal y la Emperatriz Catalina le salvaran de las cárceles españolas. En su última prisión pasó dos memoriales pidiendo la libertad de sus compatriotas, tan injustamente apresados. De su libertad no dijo una palabra, pues se dió cuenta de su error.

En cuanto a las calumnias de sus dos traiciones, de las que fueron responsables Dumouriez y el Marqués de Casa León, hoy, con los nuevos documentos han quedado desmentidas; y la figura de Miranda se alza de su martirio con todo el esplendor de la grandeza de una vida consagrada a la Emancipación de las Colonias Hispano - Americanas. Y se puede terminar este bosquejo de su vida con lo dicho en el prólogo del primer tomo de los quince publicados de su archivo: «Francisco de Miranda, nacido en Caracas en 1750 y muerto en la Carraca de Cádiz en 1816, ha sido hasta hoy el hijo del Continente Americano que ha actuado en Europa en más alta escala.»